

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 39.

ADMINISTRACION:
SAN OPROPIO, 7.—MADRID

1.º de Febrero 1900

SUMARIO

SOCIOLOGIA: *Comunismo y anarquía*, por Pedro Kropotkin.—*Capciosidades*, por Donato Luben.—*La anarquía: Su fin y sus medios*, por Juan Grave.
BIOGRAFIA: *Juan Jacobo Rousseau*, por Federico Urales.
CIENCIA Y ARTE: *Ciencias físico-naturales*, por Francisco Salazar.—*Ciencia y explotación*, por J. Sketchley.—*Los sepulcros blancos*, drama en tres actos, por Jaime Brossa.
SECCION LIBRE: *La escuela*, por Teófilo Sanjuán.
TRIBUNA DEL OBRERO: *Pidiendo un consejo*, por I. Ibarra.—*Deísmo*, por Francisco Ferrer.

SOCIOLOGIA

COMUNISMO Y ANARQUÍA

Cuando, en dos Congresos de La Internacional, celebrados uno en Italia, en 1879, y otro en la Chaux-de-Fonds, en 1880, los anarquistas italianos y jurásicos decidieron declararse «comunistas-anarquistas», esta decisión produjo cierta sensación en el mundo socialista: unos vieron en esta declaración de principios un gran paso adelante; otros la consideraron absurda, diciendo que contenía en sí una contradicción palmaria.

Hasta entonces dominó en los círculos revolucionarios y reformistas una sola concepción del comunismo, el comunismo autoritario, que desembocaba lógicamente en el comunismo de Estado, el cual, representado por uno ó varios parlamentos, se encargaría, suponíase, de organizar la producción, falansteriana ó de otro género, entregando después por medio de sus órganos administrativos, á los falansterios ó á los individuos lo que necesitasen para vivir, estudiar, producir, divertirse (1).

(1) Reproducimos á título de documento histórico, y por su perfecta oportunidad, el siguiente párrafo del discurso de Bakunin pronunciado en el Congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad celebrado en Berna en 1868:

«Porque pido la igualdad económica y social de las clases y de los individuos; porque, con el Congreso de trabajadores de Bruselas, me he declarado partidario de la propiedad colectiva, se me ha tildado de comunista... Yo detesto el comunismo, porque es la negación de la libertad, y yo no puedo concebir nada humano sin la libertad. Yo no soy comunista, porque el comunismo concentra y absorbe todas las potencias de la sociedad en el Estado, porque conduce necesariamente á la centralización de la propiedad en el Estado, mientras que yo quiero la abolición del Estado, la extirpación radical de este principio de la autoridad y de la tutela del Estado, que bajo el pretexto de moralizar y civilizar los hombres, los tiene hasta hoy avasallados, oprimidos, explotados y depravados. Yo quiero la organización de la sociedad y de la propiedad colectiva ó social de abajo arriba, por el voto de la libre asociación, y no de arriba á bajo por el medio de una autoridad cualquiera. Con la abolición del Estado quiero la abolición de la propiedad individualmente hereditaria, que no es más que una institución del Estado, nada más que una consecuencia del principio mismo del Estado. He aquí en qué sentido soy colectivista y no comunista.»—(Nota del traductor.)

Respecto de la producción, se imaginaba algo semejante á lo que existe hoy en la red de ferrocarriles del Estado y en el servicio postal: tal como se practica actualmente el transporte de mercancías y de viajeros se suponía que podría hacerse la producción de todas las riquezas y todos los servicios de interés general. Se comenzaría por socializar las minas, las grandes fábricas, los ferrocarriles, y se extendería poco á poco este sistema á todo género de industrias. Habría por cuenta del Estado «escuadras» de labradores, mineros, tejedores, albañiles, tahoneros, etc., etc., del mismo modo que existen legiones de empleados postales y ferrocarrileros, y para destacar el carácter disciplinado de los trabajadores, empleados en la industria bajo el mando de una jerarquía de «jefes de trabajos», era grato á muchos el nombre de «escuadras», que los alemanes ensancharon hasta convertirlo en «ejército».

El consumo se le concebía casi como el que actualmente se verifica en el cuartel: nada de familias aisladas—la comida común se establecería para economizar los gastos de cocina, y los falansterios ó casas-hoteles para economizar los de construcción. Es verdad que el soldado está mal alimentado hoy y es además brutalizado por sus jefes; pero, se contestaba, eso no impide que á los ciudadanos acuartelados en las «casas comunes» ó en las «ciudades comunistas» se les alimente bien, toda vez que siendo de libre elección sus jefes, ecónomos y oficiales, nada impediría considerarlos—jefes hoy y soldados mañana, como *servidores* de la República. «El Estado servidor» era, en efecto, la fórmula predilecta de Luis Blanc y también la «bestia negra» de Proudhon, quien más de una vez regocijó á los lectores de la *Voix du Peuple* con sus sarcasmos dirigidos á esa nueva etiqueta democrática del Estado.

El comunismo del año 40 estaba imbuido de estas ideas etatistas, que Proudhon combatió sin tregua antes y después de 1848; y la crítica que hizo de él en 1846 en las *Contradicciones económicas* (II tomo: «La Comunidad») más tarde en la *Voix du Peuple*, y siempre en sus escritos posteriores, debió contribuir poderosamente á desacreditar en Francia esa especie de comunismo de los socialistas franceses. Sábese que, como consecuencia, á los principios de la Internacional los franceses eran casi todos mutualistas; pero el comunismo de Estado fué adoptado por los socialistas alemanes aceptando el lado de la disciplina, siendo predicado por ellos nada menos que como un descubrimiento «científico» de su pertenencia, y en la época á que nos referimos, cuando se hablaba de comunismo se entendía siempre el de Estado, tal como lo propagaron los continuadores alemanes de los comunistas franceses de 1848.

Por eso, cuando dos federaciones anarquistas de La Internacional se declararon «comunistas-anarquistas», esta declaración, especialmente la de la Federación Jurasica, mejor conocida en Francia, fué considerada por muchos de nuestros amigos como un serio adelanto. El «comunismo-anarquista» ó «comunismo-libertario», como al principio se le denominó en Francia, hizo muchos prosélitos y, con la ayuda de las circunstancias, de esta época data el gran éxito de la idea anarquista entre los trabajadores franceses.

* *

En efecto, estas dos palabras, comunismo y anarquía, representaban todo un programa: anunciaban una concepción nueva del comunismo, diferente de la que había estado en circulación, y contenían al mismo tiempo un gran problema—el problema, á nuestro juicio, de la humanidad, el que el hombre ha tratado de resolver siempre al esbozar sus instituciones, desde la tribu comunista hasta nuestras sociedades actuales. ¿Cómo arreglarse para solidarizar los esfuerzos de todos de manera

que se garantice á cada uno la mayor suma de bienestar, y se mantengan al mismo tiempo, ensanchándolas más, las conquistas de libertad individual adquiridas hasta el día? ¿Cómo organizar el trabajo en común y dejar, no obstante, á todos libertad completa para que se produzcan todas las iniciativas? Problema inmenso que llama á todas las inteligencias, á todas las voluntades y á todos los caracteres, á fin de ser resuelto, no en el papel, sino en la vida y por la vida misma de las sociedades. El solo hecho de pronunciar estas palabras «comunismo-anarquista» implicaba, no sólo un objeto nuevo, sino también un nuevo método de resolver el problema social por abajo, por la acción espontánea del pueblo entero.

Faltaba saber si ese nuevo objeto y ese método anarquista de resolver la cuestión social—nuevo para las revoluciones de entonces, aunque viejo en la humanidad—eran buenos, realizables y prácticos: á esto se han dedicado grandes trabajos desde aquella época.

Por otra parte, la declaración comunista-anarquista suscitó también objeciones formidables. Por un lado, los adversarios de la anarquía, es decir, los continuadores alemanes de Luis Blanc, que se aferraban á la fórmula del «Estado servidor» é «iniciador del progreso», redoblaron sus esfuerzos contra los que negaban el Estado bajo todas sus formas posibles, los cuales habían empezado ya á abandonar el comunismo como una antigualla y predicaban, bajo el nombre de «colectivismo» y de «socialismo científico», los bonos de trabajo de Roberto Owen y de Proudhon. A la sazón tomaron el comunismo bajo su defensa, y se esforzaron en probar que el comunismo tal como ellos le entendían, es decir, el comunismo autoritario y estatista y la anarquía «revientan de verse juntos». Trabajo inútil, por supuesto, puesto que es de toda evidencia que *arquía* (poder, gobierno) y *an-arquía* (no poder, no gobierno) son diametralmente opuestos el uno al otro. Cada uno se niega recíprocamente y nadie ha pensado en unirlos en un mismo carro. En cuanto á la cuestión de saber si el comunismo autoritario es la *única* forma de comunismo posible, ni aun desflorada fué por los contradictores pertenecientes á esa escuela. Eso pasaba por axioma.

Mucho más serias fueron las objeciones suscitadas en el campo anarquista, donde se repitieron todas las que Proudhon opuso al comunismo en nombre de la libertad del individuo, las cuales, aunque envejecidas de cincuenta años, no habían perdido nada de su valor ni de su novedad, en atención á que aquél hablaba *en nombre del individuo*, celoso de poner á salvo toda su libertad, de conservar toda su independencia en su trabajo, en su iniciativa, en sus estudios, en el lujo de que quisiera rodearse, en las luchas que quisiera emprender, en toda su vida, en una palabra. Y esta cuestión de los derechos del individuo se plantea hoy con la misma insistencia que en el tiempo de las *Contradicciones económicas*. El anarquista de nuestros días toma de nuevo todos esos argumentos y los expone en nombre del individuo rebelde á través de las edades contra las instituciones del comunismo más ó menos parcial, pero siempre autoritario, en las cuales se ha fijado la humanidad varias veces en el curso de su larga y penosa historia.

Esas objeciones no pueden ser tratadas á la ligera; no son recursos de abogado, sino que han debido presentarse bajo diferentes formas, lo mismo al comunista-anarquista que al individualista, con tanto más motivo cuanto que la cuestión suscitada por ellas entra de lleno en esta otra cuestión más importante—la de saber si la vida en sociedades es un medio de libertad para el individuo ó una causa de sujeción; si conduce á una extensión de la libertad individual y á un engrandecimiento del indi-

viduo, ó á su empequeñecimiento. Tal es la cuestión fundamental de toda la sociología, y como tal merece ser discutida á fondo.

Además, no es solamente una cuestión científica. Mañana podemos ser llamados á poner mano en la revolución social: decir que demoliaremos solamente, dejando á otros—¿á quién?—el cuidado de edificar, sería una broma de mal género.

¿Quiénes, sino nosotros, han de ser los reedificadores? Porque el hecho es que si se puede demoler una casa sin edificar otra en su lugar, eso no puede hacerse con las instituciones. Cuando se echa una abajo se fijan en el mismo instante los cimientos de la que se desarrollará más tarde para reemplazarla. Cuando el pueblo despida al propietario de la casa, de la tierra, de la fábrica, no será para dejarlas desocupadas, sino para ocuparlas de una ó de otra manera, es decir, para edificar por esto mismo una nueva sociedad.

Trataremos este asunto en una serie de artículos.

PEDRO KROPOTKINE.

(Traducción de Lorenzo.)

CAPCIOSIDADES

Puestos á refutar cuantos errores y falacias ingeniosas pretenden hacer pasar, como verdades evidéntísimas é incuestionables, los señores doctores de la economía política, claro está que en este nuestro trabajo á lo sixifo, tócanos siempre la parte honrosísima y loable de elevar, una y mil veces, la *piedra de la verdad* á la cumbre luminosa de la montaña para que desde allí, vuélvanla á precipitar otras tantas en el obscuro abismo de sus capciosidades y mentiras, los defensores sapientísimos del régimen capitalista.

La labor es ardua, pero no estéril; porque está con nosotros y por nosotros el espíritu magnífico del progreso, que todo lo redenciona, regenera y transfigura con su hálito vivificador. Mas, á pesar de todo, nuestros tercios adversarios no cejan; se agitan sin descanso congestionados por la evidente quiebra de su social preponderancia, y á fin de dilatar en la medida de lo posible el caduco imperio de la explotación que de tantos privilegios, inmunidades y bienandanzas tiénelos colmados, procuran *convencernos* de los que desdeñosamente denominan nuestros *grandes errores de altruismo generoso*, con argucias y razonamientos al tenor de los siguientes:

«Dicen los sofistas, oficiales y extraoficiales, defensores del actual orden de cosas, que en nuestro craso desconocimiento de todo lo moderador, justo y científico, seducidos por ficciosas sugerencias, llegamos hasta á olvidar *las nociones económicas en que se informan las leyes del valor*; y que sólo así puede explicarse el gran absurdo de que, con nuestras predicaciones utópicas, excitamos al elemento obrero á que pida la elevación del jornal ó la disminución de horas de trabajo, promoviendo huelgas y grandes asonadas *ruinosas*, en primer término, á los intereses del proletariado.

»Los que tal aconsejan á las clases proletarias productoras —dicen nuestros destructores—, no saben lo que se dicen; desconocen en absoluto la complicada mecánica de las leyes del valor; ignoran lo que es *jornal real* y *jornal nominal*, y por esto precisamente es por lo que, desconociendo esas leyes fundamentales, que parecen cosa baladí y secundaria, que parece que no son ni suponen *nada*, surgen esos espantosos

conflictos sociales, que tienen en constante sobresalto á las nacionalidades modernas. Los obreros no saben lo que es el valor; oyen decir *esto vale tanto*, y creen que el valor es la materia ó la forma del producto; olvidan ó ignoran que el valor no existiría si no existiera la sociedad; que el valor se funda en el cambio, y por esto caen en la solemne *majadería* de pedir el aumento de jornal, la elevación del salario, sin comprender que, una vez elevado el jornal, puede muy bien resultar que queden en peores condiciones económicas que lo estuvieren antes de ser elevado, por la alteración inevitable que en tales circunstancias sufrirían los precios de los productos. En resumen: no caen en la cuenta de que ganar *cuatro pesetas de jornal diario, puede serles, y les sería, seguramente, más ruinoso á los trabajadores que ganar solamente dos, ya que por la violencia de la alteración que sufrirían los mercados al elevarse el jornal del productor, subiendo el coste ordinario de la mano de obra y alterándose el valor corriente de los productos, con esas cuatro pesetas atenderían á sus necesidades mucho peor que con las dos que al presente se les facilita por término medio.*»

Ya sabíamos nosotros todo eso, señores economistas; sabíamos que en el valor del producto entra, en primer término, no la materia y su factura, sino el *servicio ó los servicios que supone y está dispuesto á prestarnos en un momento dado*; pues, en último caso, el valor no es ni más ni menos que la apreciación adjetiva que se hace de los servicios humanos al verificarse el cambio; conocíamos lo capciosa, por lo despojadora, teoría del *jornal real* y el *jornal nominal*, y el injusto *quid humanum* en que se informan la *realidad* y la *nominalidad del salario*; sabíamos, también, que nada se resuelve, en justicia, con procurar la elevación mixtificada de los salarios, toda vez que éstos pueden ser *elevados sólo nominalmente*, porque, en realidad, gracias á la mala fe de los capitalistas y los explotadores, puede muy bien resultar *incontrovertible en la práctica nuestra sabia afirmación de que un jornal de cuatro pesetas proporcione al obrero menos medios de existencia que un salario de dos*, y por eso fiamos nosotros la emancipación del proletariado á procedimientos más seguros y radicales; conocíamos, asimismo, todos los secretos, *hasta los más monstruosamente misteriosos*, que determinan las constantes fluctuaciones del valor en los encarnizamientos brutales y cruentas luchas á que da lugar, en las prácticas de la vida social de los pueblos, la *libre concurrencia* con su faraginosa secuela de engaños monstruosísimos y criminales explotaciones; lo sabíamos todo, y todo lo habíamos analizado de antemano, á pesar de nuestra *crasa ignorancia*; pero lo que no sabíamos, lo que no hubiéramos supuesto jamás, dada vuestra fatuosidad y gran soberbia, es que vuestra imbecilidad llegara al increíble extremo de atreveros á proclamar con plausible franqueza y gran desahogo, *la inutilidad de cuantas luchas promueve el obrero dentro del orden vigente para elevarse*, y esto, que es lo que vosotros acabáis de demostrarnos, cuando desenfadadamente decís que de nada y para nada habría de servirles á los obreros la elevación del salario, toda vez que, con vuestra aciaga omnipotencia social, vosotros procuraríais á toda costa y conseguiríais, sin grandes esfuerzos, que el obrero viviera en mayor infelicidad y supino embrutecimiento *ganando cuatro pesetas diarias de jornal, que ganando dos solamente...*

Los diversos principios que informan un sistema, si éste ha de resultar racional y práctico, deben constituir un todo homogéneo, invulnerable. Vuestro sistema, lo acabamos de ver, no reúne el conjunto armónico de unidad exigible; es la confusión abigarrada y grotesca de grandes contradicciones, que mutuamente se repelen y anulan entre sí; resulta algo tan estupendo como la gran incongruencia de pretender amalgamar la verdad con el error, la luz con las tinieblas, ya que al mismo tiempo

que predicáis la redención de los proletarios mediante la práctica del *ahorro*, afirmáis, con la más palmaria inconsecuencia, la verdadera imposibilidad en que se halla de practicar con fruto tal virtud económica, el obrero, en cuyas *pecadoras manos*, sólo porque así conviene al fomento del capitalismo, representan *menos cuatro pesetas que dos*. Con contrasentidos así, la bancarrota de la economía política es inevitable.

La confesión no puede resultar más categórica é ingenua. Ya lo ve el pueblo productor; dentro de un régimen en el que las leyes del valor sirven, con su mutabilidad incesante, para perpetuar la infelicidad y esclavitud de la clase desheredada, todo mejoramiento y libertad resultan irrisorios. Hay, pues, que desengañarse y trabajar con vehemente ardor por acelerar el derrumbamiento de este imperio de engreídos explotadores y tiranos, infernal imperio en el que, por un arte propio de los descendientes de Monipodio, resulta evidentísimo el principio de *docta economia* de que, merced á las perturbadoras leyes del valor, que se alteran á voluntad de los que viven á expensas del trabajo ajeno, puede muy bien suceder y sucede, que en las manos del que trabaja, del obrero que todo lo produce, valgan *menos cuatro pesetas que dos*, siempre que unas y otras provengan, naturalmente, del trabajo de la honradez, del trabajo santo de la virtud, trabajo meritísimo que todo lo produce y promueve con su calor vivificante, para satisfacción, gloria y libertad del género humano.

DONATO LUBEN.

LA ANARQUÍA

SU FIN Y SUS MEDIOS

IV

Por qué anarquistas y socialistas no están unidos.—Unidad de miras.—Diferencia de punto de partida.—Maleficio de la autoridad.—El individuo es sólo juez de lo que le conviene.—Los hombres, según los socialistas, no saben dirigirse á sí mismos; pero ellos se juzgan con suficiencia para dirigir á los demás.—Las diferentes justificaciones de la autoridad.—Insuficiencia de los socialistas.—Regimentar no es libertar.—La revolución sacrificada por las reformas.—Prometer y cumplir no es igual.—Empirismo de las reformas.—Contradicciones socialistas.—Lógica de lo ilógico.—Engañarse á uno, es engañar á los otros.—Revoluciónense ellos mismos.—La emancipación del individuo ha de ser obra del individuo mismo.

Antes de entrar á discutir los medios de propaganda, bueno será explicar las razones que separan á los anarquistas de los socialistas, con objeto de disipar las extrañezas de las gentes que no ven nunca más que la superficie de las cosas, y hasta de muchos socialistas sinceros que no pueden creer que, teniendo un fin común, les combatamos como á los burgueses.

«Tanto unos como otros, exclaman éstos, ¿no aspiramos á la libertad y felicidad de todo el mundo? ¿A la transformación del régimen capitalista y el modo de ser de la propiedad? ¿Por qué, pues, no unirnos para derribar lo existente, y dejar al porvenir la tarea de dilucidar sobre lo que haya de ser la organización futura?»

Si nos atenemos á la generalidad y á las vagas afirmaciones, hallaremos insignificante la diferencia que separa al anarquista del socialista, y se extrañarán, con razón, al parecer, de la antipatía que separa á los que parece que tengan un ideal común.

Todos igualmente, al menos así lo afirman, quieren la libertad, el bienestar, el libre desarrollo y muchas otras cosas para la humanidad. ¿De dónde proviene, pues, el hecho de que, en vez de darse la mano amiga cuando se encuentran, cierran al contrario los puños?

Es que, desde el punto de partida, una enorme diferencia separa al uno del otro. Insignificante esta diferencia para unos, es grandísima, capital, para los que analizan los hechos sin hacer caso de los juegos de palabras.

De acuerdo para enseñar los males que engendra el estado social presente, de acuerdo hasta para atribuir esta falta á la organización económica imperante, donde no pueden estar de acuerdo, es, además de la organización, en los medios de preparar el estado de fuerza que ha de emanciparnos de las actuales injusticias.

Los socialistas, partidarios de la autoridad, aspiran á la conquista del poder para realizar su ideal, y se lanzan de lleno á la política para conseguirlo; los anarquistas, partidarios de la libertad completa, quieren que la organización se cree por la evolución libre de los individuos; como aspiran á destruir la autoridad, hacen la guerra á la política y á los políticos.

Habiendo reconocido que la autoridad es el resultado de la actual organización económica; haciendo su proceso desde que ésta existe, es decir, desde los principios de la Historia, los anarquistas demuestran que la autoridad es perjudicial, lo mismo para los que la ejercen que para aquellos contra quienes se ejerce. Por eso, éstos afirman que debe desaparecer con la organización capitalista; y como el mejor medio de conseguirlo no es esperando que ella pueda servir para libertar á los hombres, sino al contrario, enseñando á éstos á vivir sin su tutela, he ahí el por qué combaten á los que la emplean, cualquiera que sea la justificación en que se funden. Tanto más cuanto que nadie mejor que el individuo mismo, no siendo capaz de conocer lo que es más propio para asegurar su felicidad, puede elegir libremente el modo de evolucionar según convenga á sus aspiraciones. Esto nos demostrará al mismo tiempo, que la transformación social no se realiza hasta que el individuo haya transformado su modo de pensar y de obrar.

Los socialistas, y esto lo veremos inmediatamente, dicen que la revolución debe hacerse llevando al poder hombres íntegros que ejerzan la autoridad para el bien general; ampararse de la riqueza social para repartirla en beneficio del interés común, y que, por consecuencia, es preciso que los individuos se organicen para llevar al gobierno estos hombres, seleccionados entre los mejores.

De modo que los anarquistas, queriendo destruir la autoridad, y los socialistas amparándose en ella para ponerla al servicio de sus proyectos de renovación social, quedan separados desde el principio de la cuestión, por la finalidad que persiguen y por los medios para realizarla. Diferencia capital que prueba la razón de sus antagonismos.

* * *

Veamos el razonamiento de los socialistas:

«Es imposible que la mayor parte de los individuos se eleven sobre el medio ambiente económico en que viven, y es creer en milagros el esperar que en un régi-

men capitalista la mayor parte de los hombres sepan crearse un cerebro libre, una sana conciencia socialista» (1).

Aquí proseguimos en el círculo vicioso de que yo hablaba en el *Individuo y la Sociedad*, capítulo la *Panacea-Revolución*: «Es preciso cambiar el ambiente para que el hombre cambie; pero siendo el individuo quien crea su ambiente, éste no podrá modificarse hasta que el individuo mismo no haya evolucionado lo suficiente para sentir la necesidad de modificarlo.»

Los socialistas no salen más bien librados que los partidarios de la revolución irracional.

«Es preciso, pues, para transformar al hombre, añaden los socialistas, transformar el ambiente; y para transformar el régimen económico, es necesario que el proletariado esté en condiciones para apoderarse del poder. Debe mezclarse, pues, en las luchas políticas, y, una vez el poder conquistado, transformará las condiciones económicas que obrarán benéficamente sobre el cerebro.»

Así es que, para los socialistas, «es imposible, á la mayor parte de los individuos, elevarse sobre el medio ambiente económico en que viven». Según ellos, siempre será «creer en milagros el esperar que, en el régimen capitalista, la mayor parte de los hombres sepan crearse un cerebro libre, una sana conciencia socialista».

En cuyo caso, y esto no lo ocultan los socialistas, si los individuos no saben pensar por sí mismos, será preciso que alguien los dirija. De ahí la necesidad de ampararse en la autoridad y consolidarla en beneficio del régimen que quieren establecer.

Olvidan que, obrando así, no hacen sino seguir la marcha de los gobiernos pasados. Si el uso que éstos han hecho de la autoridad no ha producido más que ruinas y desolación, ¿quién nos prueba que la que ellos quieren establecer producirá mejores resultados? ¿Su buena fe? Todos los gobiernos que se han sucedido en la Historia han aceptado «las responsabilidades de la autoridad» para ejercerla en provecho de todos. Sin embargo, si han hecho menos mal, no por eso han hecho más bien.

La autoridad somete á todo el mundo bajo una regla común, y, como hemos dicho, la diversidad es la que nos mueve. Luego otros, cuando el poder socialista esté establecido, se levantarán protestando contra la nueva autoridad, y probarán que ésta no es mejor que la de los poderes á los cuales habrá sucedido.

Éstos, á su vez, pueden venir pidiendo que les ayudemos á destruir los otros para llegar ellos al poder con una nota segura para hacer nuestra felicidad. He aquí el triste juego en el que el hombre ha pasado el tiempo hasta hoy, y que podría prolongarse hasta el infinito, sin que el individuo ni la humanidad mejoraran en nada.

Los mismos hombres á quienes no se les reconoce suficiencia para elevarse sobre el ambiente en que viven, y se les niega la facultad de saber hacerse un cerebro libre, se les agrupa «para conquistar el poder», y así llegan unos cuantos con el compromiso de ejercerlo en beneficio de todos.

Yo, á mi vez, preguntaré: ¿cómo esos hombres que no pueden llegar á libertar su cerebro, incapaces de hacerse una conciencia socialista, es decir, incapaces de saber discernir sobre lo que es bueno ó malo para ellos mismos en la organización social; cómo esos hombres, repito, son aptos para elegir los que deban guiarlos, y saben en los miles de programas que les someterán los ambiciosos que el cebo del poder suscita cada vez que se trata de conquistarlo, discernir sobre cuál será el mejor?

(1) Jaurés, *Petite République*, 5 Junio del 97.

Una vez admitido un milagro, ya no cuesta mucho trabajo admitir otros; la luz divina, sin duda, hará que los que no son capaces de dirigirse á sí mismo sean, no obstante, bastante hábiles para ayudar á editar reglas generales, á las que todo el mundo deba someterse.

Cuando la autoridad se apoyaba sobre el derecho divino, su punto de partida era falso; pero una vez admitido este punto, había en ello algo de lógica. «Los hombres, demasiado torpes ó demasiado malos, para vivir en paz, tenían necesidad de que ciertos seres más inteligentes se tomaran el trabajo de enseñar é imponer el respeto á los demás». «Dios había delegado ese poder á seres privilegiados», y esto pasaba bien ó mal, hasta que el origen de tan absurdo principio no fué descubierto. Con frecuencia sucedía que un pariente del elegido, deseando también hacer el bien general, derribaba del poder al favorecido, y, una vez en su puesto, era él el encargado de la misión divina; el mérito del individuo consistía en su función. Estos desgarrones á la misión divina no pasaban sin herir el principio, y llegó un tiempo en que la autoridad tuvo que ampararse en la fuerza. Aun aquí hay algo de lógica. «La mayoría del pueblo es ignorante; yo me creo bastante inteligente para gobernarle y hacerle feliz; empleo la autoridad que me da el azar, el conocimiento, la intriga ó la audacia; y á los que no quieran ser felices por orden, los someto, y en paz». Si la lógica no es absoluta, las bayonetas, encargadas de la ejecución, saben cubrir las faltas.

Pero cuando quieren apoyarla sobre la ciencia, la razón y la lógica, la autoridad se convierte en una anomalía, en un anacronismo, y no es necesario analizar muy profundamente para que salten á nuestra vista los sofismas con que quieren justificarla.

Nosotros no hacemos caso de palabras que, si son necesarias para redondear los períodos y dar brillo á las frases, es preciso que sirvan para otra cosa cuando se emplean discutiendo ideas.

Aquí, entiéndase bien, hago la crítica de esos socialistas que hablan de la revolución como nosotros, y cuyo programa parece que les aproxima á nuestros procedimientos. «Nosotros también, dicen algunos de entre ellos, queremos la autonomía completa del individuo, la destrucción total de la autoridad; pero como es imposible que todo se realice á la vez, que es preciso que pasemos por etapas sucesivas, nos limitamos á reclamar lo que es inmediatamente realizable, y nos creemos que es una buena táctica introducirnos en la casa para mejor saquearla.»

Comprendo, perfectamente, que conseguir un acta de diputado es más fácil que transformar la propiedad. Participar en la confección de leyes, es mucho más fácil también que acostumar á los individuos á vivir sin ellas. Pero la destrucción de la autoridad es todo lo contrario; en lugar de libertar intelectualmente á los individuos, es regimentarlos con toda su ignorancia y preocupaciones. Y así resultan siempre verdaderos Juan Lanas, dominados por sus conductores, que maldito el interés que tienen en acostumarlos á libertarse á sí mismos.

Lo mismo sucede con la revolución; los socialistas la proclaman; para ellos es un genio alado que se cierne por los aires, muy útil para embellecer sus párrafos, pero sin tener en sus labios ninguna significación real; y esperando que ésta se digne bajar hasta nosotros, los programas electorales contienen una multitud de reformas

que, según el caso y el espíritu de aquellos á quienes se dirigen, deben cambiar la situación económica de los trabajadores, disminuir la explotación, ó bien no son sino simples caballos de batalla destinados á acelerar la venida del Mesías: Revolución.

El resultado práctico de estos procedimientos, que ellos llaman táctica, es hacer esperar perpetuamente á los trabajadores una mejora social en su favor; ilusión siempre desvanecida por los hechos, pero siempre reavivada por nuevos proyectos de reforma.

Fácil será comprender, que los anarquistas, hartos ya de esos manejos de ardilla, trabajan decididamente por la realización de su ideal, sin ocuparse de soluciones que llaman prácticas, y cuyo principal resultado es mantener la ignorancia. Nosotros dejamos al tiempo y á los acontecimientos el trabajo de halagar lo que es impracticable y de realizar lo que puede ser.

*
* *

Señalándonos muy lejos y vagamente cierta comunidad de miras y de programa para arrastrarnos en su ayuda y substituir á los actuales gobiernos, me hacen los socialistas el efecto de aquel charlatán de la fábula que pedía tiempo para enseñar á hablar á un asno. «De aquí á diez años»—decía truhanescamente el charlatán—«nos habremos muerto el asno, el rey y yo.»

Los socialistas pueden contestar que somos nosotros, esperando del tiempo la completa realización de nuestro ideal, quienes hacemos el papel del charlatán que contaba con la muerte de los interesados para verse libre del compromiso adquirido. Pero nosotros nos diferenciamos de ellos en que no prometemos á nadie la felicidad á cambio de ventajas personales. Probablemente moriremos antes de ver la completa realización de nuestro ideal; pero tendremos la satisfacción de haber hecho cuanto nos ha sido posible por aproximar el día de su realización, sin más beneficio que la satisfacción de haber obrado bien y desinteresadamente.

Sabemos que el individuo, verdaderamente humano, no será completamente feliz, ni se creará emancipado hasta que todos los que le rodean no sean también libres y felices.

Sabemos igualmente, que esta emancipación no puede efectuarse sin que sus bondades obren sobre todos á la vez, y he ahí por qué combatimos todos los medios de los que sólo pueda aprovecharse una minoría en detrimento de la generalidad.

La marcha de los sucesos y la evolución de las ideas son resultado de una progresión lenta y continua, y nosotros contamos los hechos, sin ilusionarnos ni ilusionar á nadie.

Estamos convencidos de que la libertad humana no puede ser un hecho sin que antes el individuo se haya libertado á sí mismo; propagamos nuestras ideas, ensayando, en la medida que nos es posible, á sustraernos de la corrupción social, y decimos sencillamente á nuestros hermanos, que no serán libres hasta que sientan el deseo de serlo.

Los socialistas engañan, engañándose á sí mismos, á los que agrupan, haciéndoles esperar de fuera la felicidad y emancipación que sólo de ellos puede salir.

*
* *

Los anarquistas lo han demostrado sobradamente, y sobre este asunto tendré ocasión de volver á hablar más de una vez, que las reformas preconizadas por todos los que, sin buscar las causas, esperan que con paliativos empíricos, puedan modificarse

los malos resultados del estado social actual, son impotentes para mejorar ninguna cosa, y deben considerarse dichosos los promotores de reformas, si contra toda su buena intención, éstas no se convierten en nuevos medios para explotar.

Según esto, cualquier cosa que hagan los socialistas que claman la revolución, resulta su táctica falta de lógica: Revolucionarios reconocen que la organización capitalista no puede transformarse sino atacándola en su esencia, y que tocar las bases sobre las que descansa, es provocar una resistencia implacable que sólo la revolución puede vencer. Partidarios al mismo tiempo de la agitación electoral, prometen en sus programas electorales reformas que á lo sumo modifican la forma de la explotación, pero que en nada atacan á la explotación misma.

En su ilogismo resultan lógicos. Convencidos de la ignorancia de las masas, que es preciso halagar para obtener sus sufragios, no quieren hacerles comprender la cuestión en toda su magnitud. Habiendo empezado por mixtificar sus programas, sirviéndose de medios legales y parlamentarios, vense obligados á continuar por el mismo camino.

Para justificar las reformas de sus programas, que como cebo echan al elector ignorante, les atribuyen virtudes curativas contra los males sociales que pretenden combatir. Cuanto más reacio es el elector, mayores deben ser las promesas. En la imaginación de aquél, las reformas son el todo; la revolución desaparece. Y así consumen la paciencia y la fuerza de las generaciones. Siempre esperando de medios ilusorios mejoras que no pueden llegar sino haciendo obrar al escalpelo en las entrañas mismas del régimen.

Preconizando medios dilatorios, algunos llegan á ser diputados, sin que por esto adelanten nada, porque en vez de ser un paso más para la idea social es, al contrario, un paso menos. La mayor parte de los elegidos van al Parlamento á olvidar lo poco que en su programa había de verdad, y, con frecuencia, no solamente á olvidarlo, sino á combatirlo. Aunque el elegido mantuviera las cláusulas de su programa, y luchara enérgicamente para hacerlas triunfar, no haría con ello sino alimentar la falta de luces de la mayor parte de los electores, manteniendo en ellos la esperanza de que algo bueno puede sacarse de un sistema podrido.

A cada legislatura, la lucha se renueva, y la idea desaparece ante las cuestiones personales que engendra la lucha en los comicios.

El charlatán de la fábula tenía razón al contar con lo imprevisto para salvar el compromiso de su promesa.

• Los anarquistas no prometen nada á la multitud. Habiendo observado que los males que todo el mundo sufre, son debidos á la organización social, explican á todos el resultado de sus observaciones diciendo: «He ahí de dónde viene el mal; estas son las instituciones que hay que destruir; no creáis que vuestra emancipación pueda traerla ningún redentor providencial; la transformación deseada no se efectuará hasta que los que sufren el mal no se decidan á no tolerarlo por más tiempo.»

• «Las causas de la dolencia son debidas á vuestro modo de pensar y obrar; sobre vosotros, pues, debéis hacer los primeros esfuerzos de transformación. Trabajad para transformaros individualmente y cambiaréis el círculo, en el cual evolucionáis.»

Predicando con el ejemplo, el anarquista convencido, descarga el primero el golpe de piqueta sobre el régimen, y procura, en la medida de sus fuerzas, acomodar su modo de obrar á su modo de sentir.

Obrando así, saben perfectamente que no llegarán á realizar de un solo golpe el

nuevo orden social. La marcha de las ideas es lenta, muy lenta; pero saben también que, rompiendo los antiguos moldes, se activa la evolución. Están convencidos de que, si en la sociedad actual hay progresos que realizar, sólo pueden hacerse aprovechando todas las circunstancias para implantarlos.

Reprochando á nuestro ideal la condición de ser impracticable por no ser comprendido, los reformistas confiesan que es obra meritoria el trabajar para engrandecer la conciencia humana.

*
* *

Sí, los socialistas quieren también emancipar á los individuos; pero les consideran demasiado ignorantes para que puedan llegar por sí mismos, y, en vez de educarlos y abrirles el espíritu demostrando lo eficaz de la acción continua sobre sí mismo para emanciparse; en vez de explicarles de un modo claro y preciso las causas de la miseria y la tiranía, se constituyen en providencia, les tratan como rebaño y les distraen con promesas, con esperanzas, en un *Deus ex machina* del sufragio universal. Así quedan á salvo del compromiso de traerles el bienestar y la emancipación. Les hacen ver la omnipotencia de una mayoría parlamentaria, que de hecho no puede ser más que la expresión de un término medio intelectual, inferior, por consecuencia, en inteligencia á los mismos electores, considerados demasiado ignorantes para libertarse ellos mismos.

Distraer á los hombres con juegos electorales, es absolutamente igual que si, queriendo enseñar á andar á alguien que nunca pudo menear sus piernas, le dijeran que no debía mover éstas por sí mismo, sino que debía delegar á alguien para ensayar.

Y no obstante, se proclaman revolucionarios. ¿Pero qué revolución quieren llevar á cabo con elementos que no saben más que obedecer?

Convencidos de que los hombres no podrán nunca libertarse, si antes no se les inspira amor á la libertad y valor para conquistarla, los anarquistas creen que la verdadera utopía es esperar que un procedimiento de servidumbre, como es la autoridad, pueda servir para libertar á nadie. Sólo en la fábula puede el arma curar la herida que ella misma ha inferido.

Despertar las iniciativas, suscitar en todos el deseo ardiente y la firme voluntad de emanciparse, es la verdadera obra revolucionaria que nosotros concebimos.

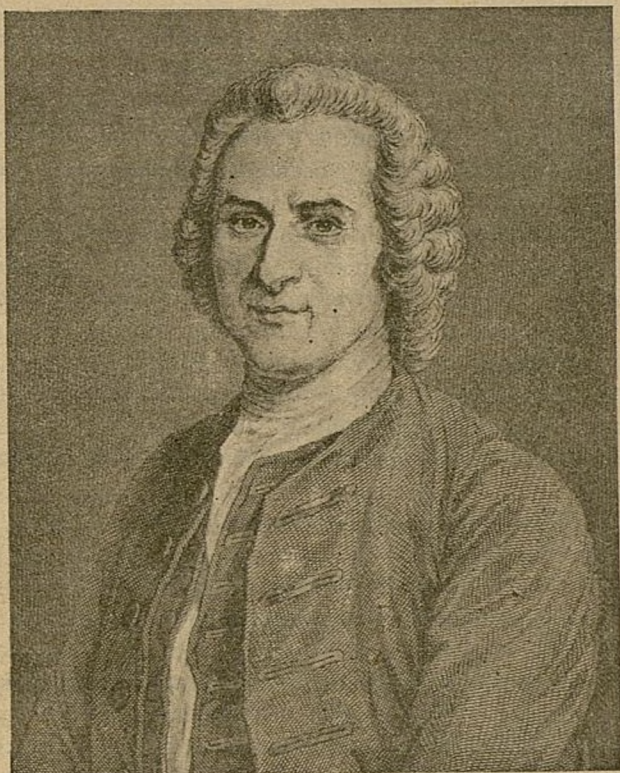
Todo nos demuestra que la revolución no será eficaz si no se hace por individuos conscientes de su dignidad, deseosos de desarrollar todas sus cualidades, decididos á no tolerar ninguna traba; los anarquistas no hacen caso de los rebaños, prefiriendo inculcar al individuo el amor al estudio de los hechos que le interesen, único medio para llegar á saber quién es él, quiénes son los demás y cuál es el sitio que debe ocupar en la Naturaleza y en la sociedad.

La revolución no podrá libertar á quien no haya sabido libertarse. La emancipación humana es una conclusión lógica cuando el espíritu, deseoso de libertad, se sienta inducido á la lucha, para destruir el actual orden de cosas.

JUAN GRAVE.

(Traducción de Antonio López.)





Juan Jacobo Rousseau.

Dícese que la obra inmortal de Diderot, fué la primera piedra de la Revolución Francesa. Y ¿quién puso la primera piedra á la Enciclopedia?, preguntamos nosotros.

Es una especie de metafísica racionalista querer determinar las causas de los hechos más singulares de la Historia humana.

Ni la sociedad, ni la idea, ni siquiera el hombre, presentan un origen tan determinado que dé lugar á definiciones exactas y absolutas. Es cierto que las luchas políticas que vamos dejando, tienen su raíz principal en la batalla que libraron los colaboradores del autor de *La Religiosa*; pero no es menos verdad que las ideas filosóficas expuestas en la *Enciclopedia*, no eran un secreto para los contemporáneos de Bacon que tuvieron el gusto de leerle, y Bacon dió á luz su *Tratado de Moral y de Justicia Universal*, á principios del siglo xvii.

Y si la obra filosófica de los enciclopedistas franceses *pasó ya* por el espíritu del gran filósofo inglés sin que podamos afirmar que en él tuvo su nacimiento, la obra literaria del mismo Voltaire, es humo de paja comparada con la que llevara á cabo Rabelais, el verdadero creador de la literatura francesa, el Cervantes de allende los Pirineos, quien iba ya por esos mundos de la sátira y del buen decir con sus *Hechos y dichos del gigante Gargantúa y de su hijo Pantagrel*, allá por los años 1533.

No es esto empuqueñecer el mérito de los enciclopedistas; es únicamente demos-

trar, ó cuando menos intentarlo, que no hay períodos filosóficos, ni literarios, ni artísticos, ni científicos que no tengan su raíz en otros y anteriores períodos de la evolución humana.

La causa de la revolución social que se avecina no arranca de los socialistas sentimentales de últimos del siglo pasado y principios del presente; hay que buscarla en el mismo origen del hombre.

Nuestra materia lleva un objetivo individual y otro colectivo. Colectivo, el que nos atañe como parte celular de un organismo, el humano, que principia en el primer hombre y termina en el último; é individual, el que nos atañe como organismo completo, como sér que piensa y obra más ó menos independiente de los demás.

Nosotros, los hombres, realizamos en el cuerpo de la humanidad, la misma labor que en el nuestro realiza la célula, sobre la cual se discute hoy si es un individuo que nace, se reproduce y muere, independientemente de nuestra vida y de nuestra muerte, como nosotros morimos y nacemos independientemente de la vida y de la muerte de la humanidad.

El hombre, según las funciones sociales que desempeña, compone, junto con otros, el brazo ó el cerebro del organismo humano, sin que por eso deje de ser un organismo completo; y tanto en su calidad de célula como en la de órgano, lleva objetivos y cualidades en su composición material, que nadie puede alterar.

En el carácter, en la inteligencia y en la salud misma de cada uno, influye el presente de una manera poderosa. El puede alterar nuestra moral, nuestra vida, etcétera; pero para la realización de la obra que necesariamente llevaremos á término los humanos, es preciso contar con aquellas alteraciones; así como, para la que hemos de realizar cada uno individualmente, hay que tener en cuenta las influencias del medio, creado por la misma ley de evolución que lleva á la humanidad hacia la conquista de los grandes problemas.

Los agentes naturales, mejor dicho, el dominio nocivo de la sociedad sobre los agentes naturales, alteran la composición química de las células que componen nuestro cuerpo, y al alterarse el modo de ser de las células que componen nuestro cuerpo, alteránse también todas nuestras facultades, y al alterarse nuestras facultades, como nosotros somos una célula infinitamente tan pequeña como las otras, si nos comparamos con el organismo de que formamos parte, alterase asimismo ese organismo. Sin embargo, tales alteraciones son sólo aparentes, porque constituyen fases de la evolución general señaladas en el desarrollo de la animalidad por la esencia de la primera materia organizada.

De la misma manera que se nos envenena el cuerpo poco á poco, por la asimilación de sustancias materiales que no reúnen condiciones asimilables, se nos envenena el cerebro por la asimilación de sustancias intelectuales (ideas) que no reúnen condiciones para ser convenientemente digeridas. Un mal libro, moralmente, hace el mismo efecto que una mala comida materialmente. El primero nos induce á pensar de modo erróneo, y la segunda á vivir en malas condiciones; pero aparte este accidente inmediato que nos viene del exterior y que podemos evitar con un buen régimen social, existe un principio en nuestra composición orgánica que no puede alterar nada ni nadie: aquel que nos legamos unos á otros y para el cual y por el cual nos ha formado la evolución de la materia; si damos golpes á una piedra con un martillo, la piedra se dividirá en varios trozos, cambiará de forma; será mejor ó peor, según el uso á que se la destine; pero su composición molecular quedará inalterable, porque

ésta tiene un principio natural; es más, tiene un objetivo natural que ha de cumplirse felizmente.

Los hombres todos, los que vivimos hoy, los que vivieron ayer y los que vivirán mañana, formamos un cuerpo que se constituye á condición de sufrir tales ó cuales crisis, determinadas por su misma composición material, y que morirá como han muerto otras especies de animales que han vivido miles y miles de años sin que *aquí* haya pasado nada al desaparecer de la tierra. Y así como yo nací para realizar lo que he realizado y lo que realizaré, sin que nadie pueda impedirlo, la humanidad en general se formó para hacer lo que ha hecho y lo que hará, sin que nadie ose evitarlo. Y después la eternidad del tiempo borrando nuestro paso por el planeta ese.

* *

¿Para qué tanto sermón?—preguntarán los lectores al pensar que se encabeza con el nombre del autor del *Emilio*. Pues ese sermón ha venido al correr de la pluma; pero escrito ya, lo aprovecho para decir: que Juan Jacobo Rousseau, era, con todos sus defectos y cualidades, una nota indispensable y necesaria á la vida de la inteligencia humana, de la que fué célula gris; que todos los tiranos del mundo, todos los ejércitos, no podrán impedir que lo que ha de ser, sea, como no han impedido que lo que había de ser fuese, y ha de ser una humanidad dichosa, compuesta de hombres libres, sabios, fuertes, buenos, inteligentes y felices, como lo demuestra el camino que ha andado hacia ese fin, á pesar de las piedras y de las malezas que en él han puesto y ponen los poderosos de la tierra; que Rousseau vino al mundo, no para llevar la contraria á Voltaire, ni para leer á estos ó aquellos autores, sino para poner su grano de arena á la colosal obra que hemos convenido en llamar Libertad, Fraternidad é Igualdad, y que todos constituimos, tanto aquellos que las combaten como los que las defienden.

Y vamos á Rousseau.

Según Sala, á quien seguiremos para escribir esta biografía, el amante de Warens nació en Ginebra en 1712; pero descendía de una familia francesa que emigró durante las guerras religiosas del siglo xv. De niño recibió una educación muy defectuosa, emprendiendo sucesivamente varias carreras, sin poderse fijar en ninguna. De joven abandonó la casa paterna, para pedir asilo al abate Pontverre, cura en la Saboya. El sacerdote le envió á Annecy, y allí Rousseau conoció á madama Warens, que fué su primer amor.

Después de algunos días felices, su extremado amor propio le hizo indisponerse con su protectora, á quien abandonó para buscarla de nuevo diferentes veces, hasta que una, después de largo viaje, se encontró suplantado en el corazón y en la casa de su amada.

La instrucción que había adquirido con la lectura de excelentes libros en aquella casa, le permitió colocarse de maestro en un colegio de Lyon; pero tampoco pudo acomodarse á la enseñanza, y se dirigió á París, con la esperanza de hacer fortuna por medio de un método de música que había inventado. Pronto, sin embargo, tuvo que abandonarle, convencido de su inutilidad; y tenía ya treinta y siete años, cuando en 1749 una cuestión, puesta á concurso por la Academia de Dijon, reveló su genio. La cuestión era: *El progreso de las ciencias y de las artes, ¿ha contribuido á corromper ó á depurar las costumbres?* Rousseau obtuvo el primer premio, á pesar de haberse decidido por la primera opinión.

Después de este triunfo quiso vivir independiente, y renunciando una plaza de

cajero que desempeñaba, se puso á copiar música, consagrandó á trabajos diversos el tiempo que le quedaba libre. Escribió sucesivamente una ópera titulada *El adivino de la aldea*, que se representó en Fontainebleau con extraordinario aplauso; una *Carta sobre la música*; una comedia titulada *Narciso*, y una *Memoria sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, producciones que elevaron su reputación hasta el más alto grado.

Volvió entonces á Ginebra y abrazó de nuevo el protestantismo, que había abjurado á ruegos de madama Warens. Pero la proximidad de Voltaire, á quien odiaba, le hizo regresar á París, y poco después aceptaba un asilo que le ofreció, con el título de la *Ermita*, madama Epinay, una de las admiradoras de nuestro biografiado, en una hacienda que poseía cerca de Montmorency. Allí se estableció con sus *dos amas de gobierno*, nombre que daba á la doméstica, Le Vasseur, con quien vivió en matrimonio, y á su madre. Compuso en dicho retiro varias de sus obras, y últimamente conoció á madama de Hondehot, que le inspiró una pasión ardiente y fué causa de que se le acusara de traidor á la amistad. Preocupado con esta idea, que casi se convirtió en frenesí, abandonó la *Ermita*, y se refugió en el pueblo de Montmorency, en una habitación ruínosa, donde recibió la visita del mariscal de Luxemburgo, quien, á fuerza de argumentos, pudo persuadirle á que se fuera á vivir á la quinta del duque de Montmorency. Allí, en 1759, escribió *La nueva Eloísa*; después el *Emilio*, que ejerció gran influencia en las familias, y que causó á su autor grandes persecuciones. Avisado Rousseau por el príncipe de Conti de que el Parlamento trataba de prenderle, y auxiliado por el mariscal de Luxemburgo, se refugió en Suiza; pero al llegar á Yverdon supo que su obra había sido quemada en Ginebra por mano del verdugo, y que allí, como en París, se trataba de prenderle. Fugitivo de nuevo, encontró al fin un asilo en el principado de Neuchâtel, obteniendo permiso del rey de Prusia para fijar su residencia en Montiers-Travers. Entonces un nuevo capricho de su fantasía le hizo adoptar el traje armenio, y renunciando momentáneamente á las letras, se dedicó á hacer cordones, trabajando en la puerta de la calle, como las mujeres del pueblo.

No pudo, sin embargo, excusarse de contestar á la pastoral del arzobispo de París y á los ataques del clero de Ginebra, y el cura de Montmollín sublevó contra él al pueblo de Montiers, que le apedreó, viéndose Rousseau obligado á huir. Refugióse en la isla de San Pedro, en medio del lago de Rienne; pero á las pocas semanas el senador de Berna le intimó la orden de alejarse de aquel sitio. El historiador inglés David Hume, le facilitó los medios de pasar á Inglaterra, y fué á habitar cerca de Wootton; pero tampoco pudo permanecer allí mucho tiempo, porque una supuesta carta del rey de Prusia, en que se ridiculizaba la manía del filósofo de creerse atacado por todo el mundo, y cuyo verdadero autor era Walpole, le hizo creer que Inglaterra estaba en contra suya y que Hume y sus amigos, querían hacerle perecer de hambre y miseria.

Este suceso y lo poco que le agradaba la vida inglesa, le hicieron regresar á Francia, habitando algún tiempo en el palacio de Troyes, próximo á Guisors, y propiedad del príncipe de Conti, residencia que abandonaba al poco tiempo, creyéndose siempre rodeado de espías. Residió sucesivamente en el Delfinado, en Saboya, en Rourgoin y en Monquin, sin dejar de ser atormentado por sus visiones. Por último se le permitió instalarse en París, con la condición de no escribir de política ni de religión, y poco después se fijó definitivamente en una posesión del marqués de Girandin, cerca de

Ermenonville, donde acabó sus días, enterrándosele en la isla de los Alamos de dicha posesión, y trasladándosele en 1794 al panteón de París.

Sus obras, además de las citadas, son: *El Contrato social*, *Cartas de la Montaña*, *Obras de política*, *Diccionario y varios tratados de música*, novelas, *Diccionario de Botánica*, *Conferencias*, *Misceláneas*, *Discursos* y *Cartas*.

Como se ve, Rousseau era ya una víctima de la vida sedentaria; estaba completamente desequilibrado, lo que no es de extrañar si consideramos que sus antepasados habían sido parciales activos en las luchas religiosas.

Rousseau se distinguía por su carácter enamorado y por su temperamento impresionable, que le hacía odiar hoy lo que ayer tenía por venerable. Como un estudio psicólogo de sus actos nos llevaría muy lejos, alejándonos demasiado del objeto principal de esta biografía, hacemos aquí punto final, diciendo únicamente que, Rousseau fué víctima, más que de sus contemporáneos, de sus nervios, si bien, al fin y al cabo, la neurosis que Rousseau padecía era también una consecuencia de los contemporáneos de sus abuelos.

FEDERICO URALES.



CIENCIAS FÍSICO-NATURALES

Electricidad: hipótesis acerca de su naturaleza.—Cuándo se llama estática y cuándo dinámica.—Medios de desarrollar la electricidad estática.—Clasificación de los cuerpos con relación á este fluido.—Tensión eléctrica.—Acción de las puntas.—Leyes de las atracciones y repulsiones eléctricas.

Electricidad.—Los más de los físicos la definen diciendo que es un agente físico poderoso ó un fluido imponderable ó incoercible, cuya presencia se manifiesta por atracciones y repulsiones, apariencias luminosas, violentas conmociones, descomposiciones químicas y por otros muchos fenómenos. Actualmente se dice que la electricidad no es más ni menos que una modalidad de la energía, lo mismo que el calor y la luz, que se desarrolla en la materia por cualquiera causa química ó mecánica capaz de producir un movimiento molecular. Todo movimiento puede traducirse en electricidad, la electricidad en calor, el calor en luz, y viceversa; cada fase de la energía puede traducirse en trabajos de un orden determinado.

En cuanto á la naturaleza de este agente, se han vertido diferentes hipótesis más ó menos verosímiles. Newton creía que la producción de la electricidad era el resultado de un principio etéreo animado de un rapidísimo movimiento por las vibraciones de las partículas de los cuerpos. El abate Nollet, teniendo en cuenta los efectos luminosos y caloríficos de la electricidad, la consideraba como una modificación particular del calor y de la luz. Franklin suponía que la electricidad era un solo fluido imponde-

rable que obra por repulsión sobre sus propias moléculas, y por atracción sobre los de la materia, admitiendo que todos los cuerpos contienen en el estado latente una cantidad determinada de este fluido: cuando ésta aumenta los cuerpos están electrizados *positivamente* y poseen las propiedades de la electricidad vítrea; y cuando disminuye lo está *negativamente*, ofreciendo las propiedades de la electricidad resinosa. La electricidad positiva ó vítrea se representa con el signo $+$ (*más*), y la resinosa ó negativa con el signo $-$ (*menos*), como imitando la suma algebraica $+a - a$, que da cero, porque todo cuerpo que posee cierta cantidad de electricidad positiva queda en estado neutro con otra igual cantidad de electricidad negativa. El inglés Symmer opuso á esta teoría la de los dos fluidos eléctricos, *vítreo* y *resinoso*, que obran por repulsión cuando son de un mismo nombre, y por atracción cuando son opuestos, formando en este último caso lo que se llama *fluido neutro* ó *neutral*: actualmente el fluido vítreo se llama *positivo*, y el resinoso *negativo*. Esta última teoría ha dominado mucho tiempo, y aun domina hoy en muchas escuelas, porque con arreglo á ella pueden explicarse con relativa facilidad los fenómenos eléctricos; pero ya en el estado actual de la ciencia es completamente inadmisibile; no es fácil determinar ni someramente que la electricidad ó energía eléctrica sea de dos especies distintas. Si se toman dos cuerpos de la misma naturaleza, y aun del mismo color, y se frotan el uno contra el otro, el que sufre mayor presión ó frotamiento se electriza negativamente, mientras que el otro adquiere la electricidad positiva. Una placa ó varilla de vidrio deslustrada, frotada contra otra bruñida y brillante se electriza siempre negativamente, y en general la que se calienta más adquiere la electricidad negativa; jamás dos cuerpos de la misma naturaleza, igualmente densos y bruñidos, adquieren la electricidad del mismo nombre cuando se restregan el uno contra el otro.

De todo lo expuesto podemos deducir que los fenómenos que los cuerpos electrizados ofrecen por un movimiento molecular cualquiera, producen una tensión ó estado repulsivo que se deriva del movimiento molecular antecedente. Los fenómenos de tensión se presentan después que los cuerpos se separan, porque mientras yacen en comunicación, la tensión eléctrica se traduce en una corriente describiendo un circuito (1) en que tiende al equilibrio. Basta aislar bien y repentinamente dos cuerpos, después de haberlos frotado uno contra otro, para que en el acto evidencien un estado eléctrico; si entonces se ponen en comunicación, mediante un conductor, podrá apreciarse entre los dos cuerpos una corriente eléctrica, aunque débil; esta corriente describe un circuito: de suerte que la interrupción ó solución de continuidad del circuito es lo que da lugar al estado de tensión eléctrica, impropriamente llamada positiva y negativa, cuando en realidad es una misma. La única diferencia particular que puede notarse es que la cantidad de electricidad es grande cuando procede de acciones químicas y térmicas, y su tensión es pequeña, mientras que la producida por acciones mecánicas y electromotrices es pequeña en cantidad y grande en tensión.

En resumen: la electricidad no es más que una modalidad de la energía, lo mismo que el calor y la luz. El movimiento condensado se traduce en electricidad.

La electricidad se propaga por vibraciones, lo mismo que el calor y la luz, siempre que encuentre medios buenos conductores. Su velocidad se calcula en más de 100.000 quilómetros por segundo.

(1) Se da el nombre de *circuito* al círculo que describe una corriente al salir de la máquina generatriz y volver á la misma mediante los conductores que le forman. Cada interrupción del circuito ó cada obstáculo de la corriente se llama *solución de continuidad*.

Electricidad estática y dinámica.—La actividad eléctrica, así como los fenómenos que produce, se manifiestan en la superficie de los cuerpos afectando dos estados ó formas: *estática* ó en reposo, y *dinámica* ó en movimiento, evidenciando en el primer caso los fenómenos *electrostáticos*, y en el segundo los *electrodinámicos* ó de corriente eléctrica. La naturaleza de la electricidad es la misma en ambos casos: la variabilidad de los fenómenos se debe al estado de reposo ó de movimiento en que se hacen evidentes, y al grado de potencial en que se encuentran.

Se entiende por *potencial* la propiedad característica de la electricidad que en su propagación, por diferentes medios, juega un papel análogo á la fuerza elástica en los gases, á la diferencia de nivel en la caída de los líquidos, ó á la diferencia de temperatura en los cambios que experimentan los cuerpos: por lo mismo se denomina también *nivel eléctrico y temperatura eléctrica*.

Desarrollo de la electricidad estática.—Todos los cuerpos son susceptibles de electrizarse por cualquiera acción mecánica ó electromotriz; pero sólo los cuerpos malos conductores de la electricidad mantienen relativamente cierto tiempo la tensión electrostática. Cuando se frota rápidamente sobre un paño ó piel de gato un cuerpo mal conductor, como una varilla de cristal pulimentado, un pedazo de ámbar, una barrita de lacre ó de ebonita, etc., cualquiera de ellos se electriza y mantiene la tensión electrostática, que se manifiesta por la propiedad de atraer los cuerpos ligeros, como las barbas de una pluma, fragmentos de medula de saúco ó pequeños pedacitos de papel. La diferenciación que se establecía de la electricidad en *positiva* ó *vítrea* y *negativa* ó *resinosa* se fundaba en que todo cuerpo electrizado por una varilla de vidrio pulimentada era atraído violentamente por otro cuerpo que contenía la electricidad del ámbar ó de la resina; pero ya hemos dicho que esta diferenciación es hoy demasiado arbitraria ó convencional, cuyo objeto es el de facilitar la explicación de ciertos fenómenos. La electricidad es una misma, con la diferencia únicamente de tensión ó cantidad.

Cuerpos buenos y malos conductores.—Todos los cuerpos que mantienen cierto tiempo la tensión electrostática son *malos conductores*, relativamente, y en este caso se encuentran el cristal bruñido, el ámbar, las resinas, la seda seca, los gases secos, las grasas, etc.; en cambio los cuerpos que no mantienen dicha tensión, sino que sirven de medios para la propagación de la electricidad, se llaman *buenos conductores*, como los metales, el carbón, el aire húmedo, el agua, los animales y vegetales, y en general todo cuerpo humedecido: los mejores conductores hasta la fecha son la plata, el cobre y el latón. La electricidad marcha desde los buenos conductores á la tierra, que es el *depósito común*, ya directamente, si el conductor comunica con el suelo, ó ya por medio del aire, si la comunicación con el depósito común no es directa.

Tensión eléctrica.—Se da este nombre á la acción ó esfuerzo natural que realiza la electricidad para desprenderse de la superficie en que se agita. Este esfuerzo es igual á la resultante de las acciones repulsivas que la capa electrostática ejerce sobre la masa concentrada en el punto en que se considera la tensión. Esta resultante es normal á la superficie del conductor y proporcional al cuadrado de la densidad eléctrica en cada punto. También se llama tensión la relación de esta fuerza con la carga total del conductor. La tensión electrostática, por tanto, está en razón directa de la densidad eléctrica, y ésta se hace evidente en los medios que son malos conductores.

Densidad eléctrica y acción de las puntas.—La carga ó masa eléctrica se distribuye por la superficie de los cuerpos; pero se acumula preferentemente en las

aristas y en las puntas, de donde resulta la mayor densidad que origina la tensión precisamente en las prominencias. Que la electricidad se distribuye por la superficie se demuestra electrizando una esfera hueca que tiene una abertura circular. Si se aproxima el *plano de prueba*, que es una barrita de goma laca terminada en un botón de papel dorado, se electriza; pero no sucede así aproximándolo á las paredes interiores.

La electricidad se distribuye por igual en toda la superficie de una esfera; pero se condensa ó acumula preferentemente en las puntas, escapándose y produciendo una especie de soplo y un penacho luminoso. Entre los varios experimentos curiosos que pueden practicarse, merece especial mención el *molinete eléctrico*. Se compone este aparatito de varios radios metálicos acodados en sus extremos en un mismo sentido, el cual se coloca sobre el conductor de una máquina eléctrica. Apenas ésta se carga de electricidad, comienza el movimiento giratorio del molinete, por la tensión eléctrica en las puntas.

Leyes de las atracciones y repulsiones eléctricas.—Dos son las principales:

1.^a Ley de distancias.—*Las atracciones y repulsiones entre dos cuerpos electrizados se hallan en razón inversa del cuadrado de las distancias.*

2.^a Ley de las masas eléctricas.—*A igual distancia, las atracciones y repulsiones son proporcionales al producto de las masas eléctricas.*

Estas leyes se demuestran por medio de la balanza de Coulomb, que consiste en una caja cilíndrica de vidrio, en cuyo contorno medio está pegada una tira de papel dividida en 360 grados; la vasija se halla cerrada por un platillo de vidrio, en cuyo centro se eleva un tubo de cristal que puede girar libremente sobre sí mismo; en la parte superior del tubo hay una guarnición que tiene un pequeño disco, dividido también en 360 grados y móvil alrededor de la vertical que pasa por su centro; en una pieza se halla un índice que sirve para señalar los grados que gira el disco, y en el centro de éste hay un botoncito que voltea con él, afianzando su pie la extremidad de un alambre muy delgado de plata ó platino, del cual está suspendida una aguja de goma laca, terminada por un disco de papel dorado; el platillo de vidrio tiene un orificio por donde se introduce en la caja un tubo de vidrio, con una esfera de latón. En el fondo de la caja se coloca una capsulita con cal anhidra para desecar el aire interior. Para la experimentación con este aparato se hace girar el cuello de cristal hasta que la esferita coincida con el cero del círculo graduado: introduciendo entonces la varilla con la esfera electrizada, la aguja concluirá por desviarse del cero un arco determinado, cuyos grados representan la fuerza de torsión desarrollada. Separando más ó menos esta esfera, se demuestra la relación de esta fuerza con la distancia, y quitando á la esferita la mitad de su electricidad por la electrización, por la influencia de otra del mismo tamaño se demuestra la segunda ley.

FRANCISCO SALAZAR.

CIENCIA Y EXPLOTACIÓN

La Historia de la humanidad, desde la desaparición del comunismo primitivo, no es sino la de la lucha entre clases opuestas y enemigas, lucha cuyas distintas fases han señalado el progreso humano.

¿Cómo se formaron esas clases? Es evidente que por la preponderancia de una de ellas sobre las demás, la cual caracterizó en un principio la constitución de las religiones, por el monopolio del saber; tal es el origen del régimen sacerdotal, determinando más tarde la supremacía de los guerreros y creando una casta nobiliaria por el abuso de la fuerza empleada contra poblaciones pacíficas y confiadas. Ella es hoy la causa de la dominación del capital sobre el trabajo, con el monopolio de la tierra y de los instrumentos de producción efectuado en su provecho por una clase parásita y ladrona: la de los propietarios y capitalistas.

Para cohonestar á sus fines, los curas explotaron el culto de un dios, Jehovah ó Baal, haciendo ver á las multitudes que los fenómenos naturales, el rayo y el trueno, el huracán que azota las florestas y el volcán que estalla en la montaña, todo eso que los pueblos ignorantes no comprendían en su natural sencillez, era obra de un poder superior é invisible, el cual recibía las ofrendas, imponía los castigos y premiaba las virtudes.

En el sacerdocio estaba entonces toda fuente de verdad y de saber: el cura era á un tiempo legislador y médico, anunciador de la buena nueva y aplacador de las cóleras que los feroces dioses desencadenaban sobre la tierra...

El poder espiritual era la base suprema de la esclavitud humana. Pero habiéndose constituido por la razón de la fuerza la clase guerrera, en virtud de las necesidades materiales de la existencia que la robustecieran, con motivo de las excursiones y rapiñas en busca de alimento—tal es la razón de las invasiones que registra la Historia antigua—, se hizo señora del predominio social.

No pudiendo destruir la influencia teocrática, el guerrero, el invasor poderoso, se alió con el cura, el dominador antiguo, y no pudiendo sustraerse del todo á la influencia de los usos y costumbres de los vencidos, adaptó á la suya aquella civilización.

La fuerza pasó entonces á ser ungida por la teocracia. En nombre de Dios, el Dios que todo lo puede, que todo lo manda y que todo lo quiere, se estableció y consolidó el predominio nobiliario.

Los reyes mandan «por gracia de Dios»; los pueblos obedecen «por voluntad del señor»...

Esta fué la situación durante siglos, y así nos la muestra la Historia en la inmensa obscuridad de la Edad Media, cuando obispos y barones, nobles y frailes, oprimían al infeliz villano, á la bestia presa á la tierra, que, para facilitar el sueño del señor, tenía que pasar las noches agitando las aguas de los fosos señoriales para que no cantasen las ranas.

Pero vino el 93...

Salida de un germinal grandioso de luz; la Revolución del siglo pasado proclamó la libertad del hombre, mostrando al pueblo envilecido lo vacío del cielo, adonde los dioses habían huido espantados, y la fragilidad de los tronos, cuyas tablas descoyuntadas, sirvieron para levantar el cadalso.

El poder de la teocracia quedó herido de muerte: el huracán de la idea barrió el abuso de la preocupación. Reducido á una vana sombra, el sacerdocio subsistió casi únicamente por la tolerancia burguesa, sancionando la tiranía del capital como antes había sancionado la de la fuerza, y arrastrando la vida que hoy le vemos llevar, al capricho del apoyo oficial concedido á los cultos.

Ya pasamos los dos grandes períodos: esclavitud y servidumbre, encontrándonos en el tercero y último: el asalariado.

Libre de Dios, el hombre abarcó con su mirada nuevos horizontes, tendiendo su vista por las regiones del libre examen.

Analizó las religiones y las encontró absurdas, lo que hizo que éstas cayeran moralmente.

Investigó el orden político, y la igualdad de los derechos colectivos surgió ante él como resultado de la propia noción de la dignidad humana.

La revolución política se realizó por las reformas consignadas en los códigos.

Volviendo la vista al campo económico, la razón le dijo que es un absurdo que unos sufran y otros gocen, que unos trabajen y otros coman, que unos sean ricos, sabios y dirigentes, mientras que otros son pobres, ignorantes y dirigidos.

El monopolio de la riqueza, determinando el de la instrucción, forma una clase sabia é instruida, dispuesta á sancionar la explotación de las multitudes.

La ciencia de esas gentes proclamó la fatalidad de los miserables.

Lo que ya se había hecho en nombre de los curas, se repitió en el de los doctores.

¿Cuál debe ser, pues, la obra de la revolución moderna?

¿Reorganizar el poder espiritual que perteneció á las religiones, organizando la religión de la ciencia, es decir, continuando el predominio histórico de una casta sabia, ó levantar al proletariado, libertándolo de la opresión burguesa, más cruel aún que la feudal y nobiliaria?

Nosotros afirmamos que el proletariado, los hombres que trabajan, no tienen que venerar á los que piensan, á los del saber.

De una parte, lo que saben es el fruto del trabajo de las generaciones anteriores; no tiene nada de sobrehumano. De otra, la veneración es siempre la base de la servidumbre; esto es, lo contrario de la aspiración revolucionaria de nuestros tiempos.

Lo que necesitan los trabajadores es acabar con todos los privilegios y las tiranías, creando una sociedad en que la instrucción, igual para todos, sea como el trabajo y el descanso, común á todos también.

¿No quieren eso *los sabios*? Pues peor para ellos: la Revolución seguirá su camino.

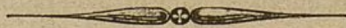
Estos ciegos jefes de las hasta ahora ciegas masas, saben perfectamente que, á medida que los trabajadores conozcan su verdadera situación y se hagan revolucionarios, su misión, como directores, habrá desaparecido para siempre. De ahí que procuren por todos los medios á su alcance dar al movimiento las menores proporciones posibles y un carácter vago y confuso.

Es hoy, pues, deber de los verdaderos amigos del pueblo el evitar que tal suceda, y que tantas fuerzas acumuladas se pierdan sin dar ningún fruto.

Ha llegado el momento de que los trabajadores, teniendo por base los principios, y colocándose en el lugar que les corresponde en la sociedad, luchen por su completa redención y emancipación del salario; lo que sólo puede conseguirse con el triunfo general y completo de la revolución social.

J. SKETCHLEY.

(Traducción de Salvochea.)



LOS SEPULCROS BLANCOS

DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

J A I M E B R O S S A

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Sofía está sentada en un balancín, á la izquierda. Lleva vestido blanco y un chal sobre las espaldas. A uno de los lados hay una sillita con varios libros. Las puertas vidrieras del fondo están cerradas. Después de un corto silencio, alguien toca con los nudillos en los vidrios de la puerta.

Sofía. Adelante.

Mario. *(Abre y entra metiendo bulla).* ¡Hola, Sofía!

Sofía. ¡Pts! *(Poniendo un dedo sobre los labios.)*

Mario. ¡Qué! ¿Hay algún enfermo?

Sofía. No; pero es lo mismo.

Mario. No he encontrado á nadie en la entrada, ni en el patio, ni en el jardín, ni en el recibimiento.

Sofía. No encontrarás á nadie. Parece que todos hayan huido, como si en esta casa hubiera entrado la peste.

Mario. Comprendo que los criados tengan sus quehaceres; pero aquí, y á la hora de comer... *(Consulta su reloj.)* Porque ahora es mediodía. ¿A qué hora coméis?

Sofía. No lo sé.

Mario. ¿Qué dices?

Sofía. Hasta ahora he comido en mi cuarto, me servía Petra. Alguna vez Guillermo me acompañaba; pero no mucho, porque ella...

Mario. ¿Qué?

Sofía. *(Sonriendo).* Parece que tiene celos.

Mario. *(Carinosamente).* ¿Y cómo te encuentras? ¿Te prueba la casa? ¿Estás bien?

Sofía. *(Animándose).* Físicamente estoy bastante bien. En estos días he pasado de la muerte á la vida.

Mario. ¿Y moralmente?

Sofía. *(Con melancolía).* Peor que antes.

Mario. ¿Qué dices? ¿No te han recibido bien?

Sofía. *(Irónicamente).* Sí; la alimentación ha sido excelente; pero en cuanto á lo demás... ¡Ah! *(Como hablando consigo misma.)* Pero esto durará poco.

Mario. Cuéntame todo lo que pasa.

Sofía. Ya comprenderás que he traído á esta casa un desorden absoluto. He roto la calma beatífica que reinaba en ella. Mientras he estado enferma, excepto en los momentos en que Guillermo venía á verme (tal vez faltando á la consigna y obedeciendo á impulsos del corazón), parecía que me hallase en un hospital, donde todo está mecanizado y disciplinado. No me daba cuenta de que hubiese vuelto á la casa de mis padres.

Mario. Pero tú debes sobreponerte á todo esto; porque ¿a quién necesitas?

Sofía. Es verdad. Cuando he salido de mi habitación, Guillermo me ha impuesto las condiciones que debía cumplir si quería continuar en esta casa. La principal es mi conversión.

Mario. ¿Qué dices?

Sofía. Lo que oyes. Si quiero continuar aquí debo someterme á la tiranía de pensar como los otros quieran; mejor dicho, de no pensar y dejar que otro lo haga por mí.

Mario. ¿Y qué has contestado?

Sofía. No tenía fuerzas para oponerme. *(Silencio.)* ¿Ves estos libros? Son del Padre Angel.

Mario. *(Tomando el libro que Sofía tiene en la falda, y leyendo):* La imitación de Cristo.

Sofía. Sí; tengo que imitar á Cristo para dar gusto á los demás. ¿Qué te parece?

Mario. No sé que contestarte.

Sofía. Al ver mi sumisión han quedado desconcertados. No contaban con ella. Pero yo no estoy tranquila, y mi pensamiento busca el medio de libertarme.

Mario. Es difícil, por ahora.

(Entran Guillermo y Juana. Esta última, viendo á Sofía, permanece un momento en el dintel de la puerta y vuelve á retirarse. Guillermo avanza y da la mano á Mario y á Sofía.)

Guillermo. ¿Cómo te encuentras, Sofía?

Sofía. *(Sonriendo).* Un poco mejor; gracias.

Guillermo. ¿Y tú, Mario?

Mario. Bien.

Guillermo. ¿Tu esposa y tus niños?...

Mario. Todos buenos.

Guillermo. ¿Cómo encuentras á Sofía?

Mario. Completamente cambiada, divinamente. *(Silencio.)* Voy á saludar á Juana. *(Se va.)*

(Silencio. Guillermo pasea con aire distraído.)

Sofía. *(Con voz insinuante).* Oye, Guillermo; supongo que habrás pensado seriamente en mi situación.

Guillermo. *(Turbado).* ¿Qué quieres decir?

Sofía. Quiero decir si has pensado en la solución que debe darse á esta situación violenta para todos.

Guillermo. *(Con voz cariñosa).* Estoy pensándolo siempre, querida Sofía. Desearía resolver esto de un modo fácil, y no puedo.

Sofía. Pues yo veo un camino.

Guillermo. ¿Tú?

Sofía. Sí. *(Silencio.)* Marcharme y romper mis relaciones con vosotros, haciendo el propósito de no volvernos á ver nunca.

Guillermo. *(Con emoción).* ¡Oh! No lo hagas. Yo no quiero que lo hagas, y no lo harás. Tú no debes apartarte de nuestro lado.

Sofía. *(Con mirada penetrante).* ¿Y tu mujer?

Guillermo. Tienes razón. ¡Cómo me hace sufrir con su carácter!

Sofía. ¿También tú sufres?

Guillermo. ¿No he de sufrir respirando el aire de tumba que hay en esta casa? *(Silencio. Como hablando consigo mismo.)* Y ella no quiere ceder.

Sofía. Comprendo lo violenta que esta lucha es para ti. Quisieras hacer bien, porque tu corazón te lo exige; pero tu mujer te lo prohíbe. ¿Y puedes ser feliz viviendo sujeto á ella? ¿No ves que anulan tu personalidad? ¿Qué haces dentro de la sociedad? Nada.

Guillermo. Hace ya tiempo que veo todo eso. ¡Estoy abatido, cansado de la vida!

Sofía. ¿Y no tienes fuerzas para sobreponerte?

Guillermo. (*Emocionado*). No lo sé. Hay pocos hombres que tengan el valor de vivir solos.

Sofía. No, yo no te hablo de vivir solo. Lo que me admira es que pueda serte agradable una vida como la que ahora llevas, reducido á servir de criado á tu mujer. Yo recuerdo tu juventud llena de entusiasmos; cuando acariciabas tantos proyectos, cuando querías estudiar mucho para hacerte un nombre en el foro y en la política. ¿En qué ha parado todo aquello?

Guillermo. (*Con rabia*). En nada. Estoy hecho un hortelano, un miserable chalan, porque no me ocupo en nada que levante el espíritu.

Sofía. Lo ves; pero no tienes fuerzas para redimirte.

Guillermo. Hago una vida que me embrutece.

Sofía. ¿Y no has hallado el medio de libertarte?

Guillermo. (*Emocionado*). No, Sofía. Un montón de convencionalismos sociales me ha encerrado en esta casa, y trastornaría mi vida y la de mi mujer si quisiese deshacerme de ellos. He sido esclavo del amor que siempre he sentido por Juana.

Sofía. ¿Pero la amas todavía, á pesar del dominio que ejerce sobre ti y sobre todas las cosas de tu casa?

Guillermo. (*En voz baja y titubeando*). Sí. (*Silencio*.) Pero alguna vez siento tentaciones de escapar de esta atmósfera que me ahoga.

Sofía. (*Con insinuación cariñosa*). Guillermo, tú sabes el gran afecto que por ti he sentido siempre, y que ha aumentado viendo que tu bondad me libraba de la desesperación y de la miseria. Yo creo que puedo ayudarte á reconquistar la fuerza de voluntad que te falta.

Guillermo. (*Sonriendo*). ¿Tú?

Sofía. (*Con firmeza*). Yo, sí. ¡Cómo me gustaría continuar viviendo en esta casa, en la casa de mis padres, con tranquilidad y armonía, asistiendo y cooperando al desenvolvimiento de tus energías! ¿Crees que no podría aprovecharte mi celo, mi *devouement* hacia todo lo que emprendieras? Porque yo creo que vives como adormecido, embriagado, por este *confort* sensual, que es el único resultado del cariño que compartes con Juana.

Guillermo. Si no he sabido conservar la fuerza de mi juventud, la culpa es mía.

Sofía. Yo no te la doy entera. Tal vez te has engañado, te has descarriado; pero has sido víctima de tu amor. ¿Qué hombre puede hacerse por sí mismo su destino?

Guillermo. (*Emocionado, procurando rehacerse y contemplando á Sofía atentamente*). Por eso el día que recibí la carta en que me explicabas tu situación, tus quejas llegaron al fondo de mi alma. Veía la realidad de tus sufrimientos, comprendía que habías llegado al punto en que el corazón humano se pregunta el precio de la vida, y nuestra responsabilidad moral me aterraba, y mientras discurríamos todos lo que

te estaba pasando después de la sacudida sentimental, recorría tu vida y pensaba en tus fuerzas malogradas, en toda tu juventud perdida.

Sofía. *(Con vehemencia).* ¿Y sabes cuál es la causa de mi derrota?

Guillermo. Es tan complicado tu carácter y tan profunda la huella que habrán hecho en él los sucesos de tu vida, que no tengo la seguridad de conocerla.

Sofía. *(Indolentemente).* Es verdad. Yo misma escarbo en mi espíritu y no pongo nada en claro: me pierdo allá dentro.

Guillermo. Algunas veces veo tu alma pura, clara y transparente; otras me parece ennegrecida por el instinto de curiosidad, por lo perverso.

Sofía. *(Sorprendida y mirándole fijamente, dice con orgullo).* ¿Por qué me hablas así, Guillermo? ¿También han llegado á tus oídos ciertas historias infames?

Guillermo. ¿Cómo quieres que ignore las historias de tu vida?

Sofía. Pues deja que yo misma te explique mi vida y me creerás. ¿Verdad que me creerás?

Guillermo. *(Con firmeza).* Sí.

Sofía. ¿No sabes la causa de mi desilusión más grande, la que ha producido el hundimiento de mi vida?

Guillermo. No.

Sofía. Ni los desengaños de amigos y amigas ni la pérdida de mi fortuna me han traído á esta crisis de dolor y decaimiento. La causa más honda de mis sufrimientos morales y después de mis dolores físicos, ha sido ver que no tenía bastante fuerza para realizar el plan de vida que me había hecho. ¡Ver que perdía la confianza en mí misma, que no me bastaba á mí sola!

Guillermo. Pero aquel orgullo, que era el fundamento de todas las historias referentes á ti... *(como dudando en proseguir)* todo aquello que se decía... *(Turbado.)*

Sofía. *(Comprendiendo que no se atreve á decir lo que piensa).* Puedes hablar, Guillermo; no he de ofenderme; dímelo todo, te lo suplico, y así sabré la idea que mis acusadores han tenido de mí.

Guillermo. Oye: se decía que desde los comienzos de tu vida de bohemia cambiabas de amantes cada día...

Sofía. ¡Oh!

Guillermo. Y todos creímos que tu vida, siguiendo el camino que tu moral libre le había señalado, comenzando por la independencia pasional, había concluido en un desenfrenado libertinaje.

Sofía. ¡Dios mío!

Guillermo. Esa fué la primera causa de tu deshonor. Por eso todo el mundo te creía... *(no atreviéndose á emplear la palabra)* una... muchachuela loca. Demasiado sabes que la moral corriente no permite que una joven disponga de su cuerpo según su libre albedrío.

Sofía. No puede disponer de su cuerpo... y los demás disponen de su espíritu. *(Silencio.)*

Guillermo. Así comprenderás que tus parientes te volvieran la espalda y te explicarás la indignación de Juana. Por mi parte, puedo asegurarte que siempre te he creído un espíritu superior, y que durante tus viajes al extranjero, cuando me reconcentraba en mí mismo, me complacía en fomentar mi anhelo de volverte al seno de la familia, del hogar y de la vida de conciencia.

Sofía. Yo te lo agradezco mucho, querido Guillermo; penetro dentro de tu co-

razón y veo los móviles rectos de tus acciones. (*Silencio.*) Escucha: á pesar de mi independencia y de mi odio á todo lo convencional y de mi desprecio por el qué dirán y de mi capricho de vivir como un hombre, sentía siempre en mi interior la nostalgia de la vida completa, de la vida del amor...

Guillermo. No te comprendo. ¿No has encontrado nunca el amor en tu camino? ¿No fuiste feliz en los momentos que lo poseías?

Sofía. ¿Pero también tú crees en lo que dicen todos? ¿También tú, como los necios que me hacían la corte, crees que soy una mujer venal?

Guillermo. Venal no, licenciosa.

Sofía. (*Excitada y activa.*) ¿Si te dijera que en medio de las tempestades de mi vida he guardado mi virginidad como un tesoro que perteneciera á otro, y que en las cosas de amor mi vida ha sido pura, y que ahora sigue siéndolo como el día en que nací? (*Guillermo queda atónito. Silencio.*) ¡Cuánto daría para que comprendieses mi pasado!

Guillermo. (*En voz baja.*) Ahora comienzo á comprenderlo.

Sofía. Yo llevaba una vida desordenada; hacía cosas que únicamente hacen los hombres; gastaba sin ton ni son; me había propuesto un imposible: eclipsar con mis cuadros las mejores obras de los autores más famosos. Sentía el vértigo de una vida para la cual no había molde hecho. Los hombres que se relacionaban conmigo me suponían en camino de perdición, y yo, al verlos tan bajos, los despreciaba, porque guardaba mi cuerpo para el que creyese que merecía mi alma. Sentía la nostalgia del que había de merecerme, y perdí la esperanza de encontrarle. Comencé á enojarme, á desesperarme, y me encontré sin brújula en medio de mi vida.

Guillermo. Según eso, tú has sido también víctima de lo que á mí me atemoriza tanto: la soledad.

Sofía. ¡Qué error más grande el de mi vida, flotando por encima de aguas turbias y sin tener el valor de hundirme en busca de corrientes más limpias y más claras!

Guillermo. ¿Qué proyectos tienes para el porvenir?

Sofía. Escapar á toda imposición, continuar mi obra, traducir mis pensamientos en colores y en imágenes; así recobraré la calma de mi espíritu. Toda vida distinta de esta me es inaguantable.

Guillermo. ¿Tendrás valor para llevar á cabo tus propósitos?

Sofía. Depende de ti.

Guillermo. ¿Por qué?

Sofía. Porque has de dejarme llevar esta vida dentro de tu casa.

Guillermo. (*Con amargura.*) ¡Ah, Sofía! Bastante sabes que no estoy en mi casa, que aquí no mando.

Sofía. (*Con calma.*) Entonces yo saldré de aquí y buscaré calor en otra parte... á menos que también tú quieras salir conmigo.

Guillermo. (*Atónito.*) ¿Qué dices?

Sofía. Si quieres acompañarme. Viviremos juntos y yo te arrancaré del estado de postración en que te encuentras. No estarás nunca solo, ni yo tampoco lo estaré, teniendo á mi lado la fuerza que hasta ahora me ha faltado.

Guillermo. ¿Pero tienes conciencia de lo que me propones?

Sofía. Te lo propongo creyendo hacerte un bien; volviéndote de la muerte á la vida. (*Largo silencio. Guillermo queda bajo una revolución de pensamientos.*)

Guillermo. *(En voz baja).* Me dejas aturdido. ¿Cómo has podido pensar una cosa semejante? ¡Qué extraña eres! ¡Sólo has pretendido asustarme! *(Silencio.)* ¡Dios mío! *(Queda mirando á Sofía fijamente.)*

Sofía. ¿Lo has pensado bien?

Guillermo. No sé lo que me pasa.

Sofía. Ya reaccionarás. Mi proposición sólo ha herido las capas superpuestas en tu conciencia por los prejuicios.

Guillermo. Sofía, no me siento capaz de realizar lo que dices. Para volver á empezar la vida tan rudamente, se necesita una voluntad sobrehumana.

Sofía. La tendrás si arrancas la falsa corteza que el mundo ha puesto encima de tu alma. Escarba en ella y verás delante de tus ojos dos caminos: uno, el que has de recorrer conmigo, que es la liberación y el desenvolvimiento de todas tus energías dormidas, casi muertas, si no te apresuras á despertarlas; otro, el que ahora sigues: el del entierro de tu vida.

Guillermo. *(Inquieto y turbado).* ¡Piensa el cambio que se produciría en mi destino! *(Silencio.)* ¿Y tu hermana?

Sofía. *(Sonriendo irónicamente).* ¡Mi hermanal! Ya no lo es; Juana no existe para mí. Ella lo ha querido.

Guillermo. ¡Eso es una aberración!

Sofía. También antes creía yo que lo era; pero ahora no. Donde la vida del corazón ha muerto, los lazos de la sangre no son nada.

Guillermo. *(Con tristeza).* ¿Y con esa sencillez te desprendes de un afecto que debe ser tan fuerte como la vida?

Sofía. No soy yo quien me desprendo; es él, el propio sentimiento, quien me abandona.

Guillermo. *(Carinosamente).* ¿Y crees que yo tendría fuerza bastante para volver á comenzar mi vida?

Sofía. Tú te encuentras como yo; no puedes estar solo, y el miedo á la soledad hace que continúes viviendo una vida de esclavitud.

Guillermo. ¡Pero cómo evitarlo!

Sofía. Siguiendo el ideal.

Guillermo. ¡El ideal, ¡el ideal! Y ¿qué es el ideal?

(Se oye hablar afuera. Aparecen Juana y Mario en la puerta. Guillermo y Sofía dejan de hablar, demostrando la contrariedad de verse interrumpidos. Silencio. Juana permanece indecisa en el fondo, arreglando las flores. Mario se acerca á hablar con Guillermo.)

(Se continuará.)

SECCION LIBRE

LA ESCUELA

I

Los angelotes de las pinturas místicas son tosco remedo del niño que yo digo. ¡Qué hermosos!

Chiquitín, de cuatro años, robusto, risueño; apenas si sabe un centenar de palabras. A la mañana, cuando sale de la camita, cabriolea desnudo por la casa y grita, y rie, y alborota. Aquella incipiente, más que ángel, parece revoltoso diablejo, que todo lo mira, escudriña, toca y destruye.

Su cuerpecillo, de formas indecisas, es la belleza misma, concretándose incesantemente: la madre lo reconoce cada día al sumergirle en el baño de agua fresca. Su cabecita, tomando nuevas ideas, adquiriendo nuevas palabras, es la propia Naturaleza retratándose, entrando en él, combinándose, como el vino y el agua en un mismo recipiente.

Todo lo pregunta, lo inquiere, le admira, lo palpa y todo le alegra y le produce risa. Menos el hambre: *Pan, madde; madde, pan; pan*. Y si no le escuchan llora, y si no le atienden patalea, y grita, y aturde... hasta que el pan le es dado; entonces rie otra vez, y envueltas con la migaja, come las últimas lágrimas que le ruedan por la mejilla, a cambio de que cuando llegue a hombre (profeticemos) coma sólo las lágrimas.

II

Está muy contento el chiquitín. El lunes próximo irá a la escuela. Allí encontrará otros niños como él y aprenderá a rezar... como ellos. Como el vecinito de enfrente, que ya sabe el *padre nuestro* y más oraciones.

La escuela... empotrada en una calle estrecha que jamás calentó el sol, es incapaz para tanto pajarillo.

Ni luz, ni aire, ni aseo... ¡fea! Las paredes están desconchadas, y a trechos cubiertas de polvo y telarañas. Aquí y acullá hay algunos cromos abigarrados que hieren la vista y abominan la estética; tableros negros con garabatos blancos, como las cintas blancas y la tela negra de los ataúdes; bancos de antigüedad prehistórica, también negros.

El maestro, anciano, reflejando en el rostro cansancio, hastío, poltreza... colores suavemente velados por un cierto tinte imperativo, peculiar del que acostumbra a ser obedecido sin réplica.

La escuela... a que vendrá *Luisito* a realizar el aprendizaje de hombre y de la vida.

A robustecer su pecho respirando el aliento, no siempre de ámbar y algalia de sus compañeros.

A comprender la estética y crearse el gusto a lo bello, admirando los infames cachivaches de la escuela.

A educar la voluntad, sometándose involuntariamente a la del maestro; la inteligencia, aprendiendo salves y letanías; la razón, *haciéndose* católico ó protestante antes de saber lo que es ser eso; el corazón, apartándose de la mujer.

A fomentar las energías físicas, permaneciendo silencioso y reposado seis horas al día en el fondo de una covacha mal oliente; a desarrollar la potencia cerebral, ingiriendo palabras... palabras... a vivir... ¡Pobre hijo!

Así se forman los hombres desde la escuela, miserables. De la ineducación física nacen los débiles; de la psíquica, los humildes, es decir, íntegramente pobres, ilotas, esclavos.

Hay que revolucionar la escuela.

III

La frase *magister dixi*, de puro traída y llevada de boca en pluma y a cada instante, hace reír al menos *modernista*, y todos decláranle notoriamente injusta, cruel. No obstante lo cual, la inmensa mayoría de esos, todos, no pueden, no saben sustraerse a la tentación de mandar. Aun los mismos que de buena fe abominan de la tutela que ella representa, son padres, consortes, amigos ó maestros tutelares de sus hijos, mujeres, amigos y discípulos. En la escuela especialmente la tentación es fortísima y exige para contrarrestarla gran voluntad, amplísimo concepto de la vida, amor, vocación; que el maestro, en fin, sea un *carácter* y...

Qué atrocemente brutal es la tiranía escolar.

Luisito tiene sed; en la escuela no hay agua; pide la venia al maestro para salir, y el maestro, so pretexto de... ¡cualquiera!, no se la concede. El pequeñuelo hará bien

en repetir la demanda, y si no consigue beber, en cobrarle odio, en llorar, en *alterar el orden*. El maestro le castigará...

Consecuencia inmediata: el mitigar la sed no es necesidad, sino capricho del maestro.

La propia forma en que Luisito solicita: *Hace usted el favor*, etc., es prueba concluyente de que empieza el niño á ser esclavo.

El maestro no tiene, no puede abrogarse la facultad de hacer favor, sino de realizar la justicia. El niño en una escuela sin tirano debiera decir en caso parecido: Señor profesor, tengo sed; salgo á beber agua.

¿Y qué no ha de ocurrir en la enseñanza de la ciencia, en la demostración de la verdad, si ya en cosa nimia como la apuntada se echa de ver tan á las claras la presión?

En el Instituto y en la Universidad sucede lo propio.

Cincuenta, cien jóvenes, cuál más, cuál menos, con algún criterio, son en punto á disciplina otros tantos infantes. Ninguno se moverá de su sitio sin el previo consentimiento, ni menos osará contradecir ni dudar tal afirmación del maestro (omniscio), muchas veces con menos substancia gris que un pavo, ni levantarse para descansar en otra postura, ni siquiera sonreír cuando se le diga: Señor Fulánez, ¿sabe usted la conferencia?, y responda que sí...

El maestro se cree dueño absoluto de los alumnos dentro del aula y practica, que es lo peor, como cree.

Los adultos y los niños consienten y acatan el martirio del régimen, porque reconocen la fuerza en el maestro.

Y así va la juventud dentro de la educación y la enseñanza... como pie ancho en angosto borcegui.

¡Magullándose!

TEÓFILO SANJUÁN

TRIBUNA DEL OBRERO

PIDIENDO UN CONSEJO

Querido Ernesto: No puedes figurarte lo grato que ha sido para mí el ver tu letra; hacía tanto tiempo que no recibía carta de ningún compañero, que al recibir la tuya se han ensanchado mis pulmones como si estuvieran faltos del oxígeno cariñoso de los que como nosotros pensamos.

Me dices que no tienes gusto ni tiempo para escribirme; tampoco yo tengo gusto para nada; tiempo me sobra. Rodeado por todas partes de un obscurantismo y envilecimiento bestiales, tengo que luchar un día y otro día contra todos los que me rodean y me acompañan. Sólo mi compañera de día en día va asimilándose las ideas libertarias; pero aún conserva el egoísmo de la clase en que se ha criado y ha de costarme mucho desterrarlo. Por esto siento desfallecimiento; las más de las veces mis fuerzas se agotan, y sospecho que todo es mentira, que todo es engaño, que no encuentro un amigo, un compañero, que me conforte, que me ayude á ser lo que he sido cuando aún no había invadido mi cerebro el escepticismo brutal que acarrea el

despago de aquellos que no nos comprenden y que eran para nosotros los compañeros más queridos.

Tu situación será angustiosa; falta de recursos, enfermedades, pasarás por todas las calamidades que son inherentes en una sociedad prostituida y corrupta como es la actual. Pero después de todas estas vicisitudes, tú tienes quien te comprenda; tienes quien te consuele, quien te aliente, quien mitigue tus penas; yo no puedo decir otro tanto; yo sólo puedo afirmar que no he conocido nada de eso. Yo estoy aquí supeditado á que la canalla, embrutecida por el alcohol, me injurie, se mofe de nuestras ideas, me niegue hasta el derecho de discutir y pensar. Tengo delante de mi retina la negra silueta de que mis hijos han de estar siempre en contacto con estos seres alcohólicos y bestiales y siento ataques nerviosos, siento que mi yo se subleva y anhelo cada día, cada minuto, cada instante, con más fuerza, con más entusiasmo, el día no lejano en que una *Revolución bienhechora* acabe con todos los sufrimientos de que somos víctimas, y pueda libertar á mis hijos y á los hijos de todos los oprimidos, de esta canalla soez y embrutecedora. No, tú no sabes lo que es la vida de los que como yo nos dedicamos á la venta de vino; no puedes imaginarte los dictérios, las frases asquerosas; todo lo que es degradado, todo lo que es soez. Aquello que no puede más que acarrearle disgustos, se encierra en el público que frecuenta estos establecimientos, y uno tiene por fuerza que halagar, que reír sus asquerosidades, ó de lo contrario viene el *des crédito*, el aislamiento, pues estos seres son tus explotadores, tus burgueses; tienes que sucumbir á ellos, ó de lo contrario te rodea la miseria, el hambre...

Tú has luchado mucho; me acuerdo de *La Revista Social*, de *La Bandera Social*, de *La Bandera Roja*, de *El Productor*, de *La Anarquía*, de todos los periódicos en que has luchado y peleaste en unión de compañeros queridísimos, unos fallecidos y otros luchando aún; eres de los que más han contribuido á fomentar y crear el mayor número de libertarios de España. Pues bien, á pesar de esto, no has podido llegar á conocer lo deficiente que es la educación de todos los oprimidos. Yo, que hoy toco de cerca y estudio á los trabajadores, en donde se les conoce, odio todos los instantes que pasan con todo mi sér, el sistema económico y social que nos tritura y es causa de que nuestros hermanos se envilezcan y prostituyan. Y, después de todo esto que te expongo, con la sinceridad que sabes me es característica, te pregunto: ¿sigo en el escepticismo que hace cinco años se apoderó de mí, ó vuelvo á la lucha como antes?

Sabes te quiere tu amigo y compañero,

I. IBARRA

DEISMO

En la Naturaleza nada se pierde, nada se crea.

(Base de la Química)

La madre Naturaleza es tan amante de los seres organizados por sus fuerzas físico-químicas, que pródiga y abundantemente les da medios de vida y de desarrollo.

Se me objetará que los grandes cataclismos que observamos á menudo, no demuestran ese interés que pretendo probar; pero es debido al falso concepto que el hombre tiene de sí mismo.

¿Qué somos nosotros en el gran concierto de la vida cósmica? Nada.

¿Qué es una alta montaña? ¿Un caudaloso río? Un simple átomo.

¿Qué es un planeta? Un pequeño cuerpo que aun desapareciendo no hace sufrir la menor alteración en los demás.

Luego esos cataclismos que nosotros les damos tanta importancia—por tocarnos directamente—no representan nada en la marcha evolutiva de la materia.

Es más, esos cataclismos son precisos.

¿Qué es la vida? Movimiento, choque continuo de unas moléculas con otras; descomposición de cuerpos que han cumplido su misión natural, para que sus componentes formen otros cuerpos que contribuyan al concierto general del todo, para, cumplida su misión, deshacerse y contribuir á formar otros nuevos cuerpos que á su vez serán substituidos por los venideros, y de este modo, sucediéndose unos á otros, cumplen todos el gran fin de la evolución, esencia de la vida material.

¡Cuán pocos hombres hay poseídos de la verdad científica!

La generalidad padece una enfermedad enervante que yo llamo *Deísmo*, que absorbiendo todo el funcionamiento de sus facultades, les incapacita para relacionarse con su madre la Naturaleza.

Siempre ha necesitado el sér que se tiene por el más perfecto, poner en actividad sus facultades cerebrales, para que este órgano se desarrolle con la relación necesaria á los demás, pues á medida que aquellos otros órganos se desarrollan por el crecimiento y la propia actividad natural, el cerebro necesita su educación propia y su cultivo desde los primeros años, pues de lo contrario se atrofia y se anula, perdiendo su funcionamiento y su existencia como órgano.

Pero olvidando esto la humanidad, ha tenido poco interés en educar y desarrollar las células intelectas, resultándole más cómodo creer ciegamente lo primero que se le impregna que estudiar y analizar por sí los principios y las ideas que se le exponen.

De aquí proviene el gérmen de la enfermedad que señalo y que viene adquiriéndose por ley de herencia, sucediéndose las generaciones sin dar un paso en firme, pues el progreso actual es más artificial que positivo.

No de otro modo se hubiera dejado circular el sofisma de la *bancarrota de la ciencia*, cuando á ella debemos el verdadero conocimiento de nosotros mismos y las relaciones que nos ligan con los demás cuerpos orgánicos.

Las primeras generaciones atribuyeron los fenómenos naturales á seres extraños, superiores á ellos é independientes de las relaciones y leyes de la materia, error fatal, que ha impedido que la familia humana caminase por el verdadero sendero, perjudicándose con ello, pues la Naturaleza nos trazó sus leyes y no podemos eludirlas, á pesar de negarlas y atribuir los fenómenos á un ser ideal que, al darle forma nosotros mismos, no nos lo podemos definir ni explicar.

Este error ha arraigado de tal manera, que cuando alguno de entre nosotros ha tenido el privilegio de ver claro, y ha pretendido hacernos ver la evidencia y ponernos en relación con la verdad, lo hemos perseguido, lo hemos anulado y no le hemos hecho caso, convirtiéndose en enfermedad crónica, tan difícil de curar, que sólo el tiempo y los sacrificios de los más perfectos conseguirán extirpar esa indolencia y despertar el desarrollo y la educación del entendimiento, curándolo de los seres misteriosos que tiene en él alojados por aberración permanente.

FRANCISCO FERRER.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12.